

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

1^{ER}. AÑO

PUBLICACIÓN QUINCENAL DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

Nº 1.

DIRECTORES Y FUNDADORES

R. J. CONTELL — F. M. CONTE

BUENOS AIRES, 1º DE DICIEMBRE DE 1892

DIRECTOR LITERARIO

A. ATIENZA Y MEDRANO



Dr. LUIS SAENZ PEÑA, Presidente de la República Argentina

del tiempo sirva de excusa á los rehacios, repártense en cada clase tres abonos valerosos por seis meses para los ferrocarriles elevados de Nueva York; donación que representa un gasto de importancia.

Al terminarse la primera parte de nuestros labores, Mr. Golday se llegó á mí:

—Mr. Gámbol, en la repartición del director le ha tocado á Vd. este billete de abono —y me alargó una de las tarjetas.

—Perdone Vd., señor, pero ¿á qué quedo abonado?.....

Y él me explicó la cosa sin grandes frases, enarcando las ventajas para el poseedor.

—Todos los profesores tenemos uno idéntico—agregó.

—Yo, señor, le dije, vivo muy cerca, en la calle 14 y no creo justo el aceptar. Hay muchos que viven lejos y que de veras le necesitan. De todos modos lo agradezco.

—No importa, guárdese Vd.; le puede utilizar durante el día.

Comprendí la insistencia; querían deslumbrar al extranjero y lo consiguieron, pero el extranjero, admirado y agradecido, no aceptó. Devolví el billete, y muy satisfecho con mi pequeño rasgo de orgullo, le narraba yo á los compañeros, cuando las campanillas nos llamaron de nuevo y nos precipitamos á la clase.

Ibamos á saber quién había sido más grande: Napoleón ó Washington.

Hablaban primero los napoleonistas y allá como pudieron, según su leal saber y entender, pasaron en rápida revista las proezas grandiosas, inverosímiles y homicidas del genio corso. Hasta feliz estuvo uno de ellos al mencionar la patética retirada de Rusia; los ánimos encontrábanse ya bien dispuestos y se escucharon nutridos aplausos.

Los partidarios de Washington vinieron después, y justo es consignar que para ellos los aplausos anduvieron más espontáneos, más cariñosos. A cada instante interrumpían su discurso para dejar paso á la ruidosa y patriótica manifestación. El mismo Mr. Golday sonreía y animaba á sus compatriotas; de algunos bancos salían gritos entusiastas:

—¡Viva Washington! ¡Vivan los Estados Unidos!

Yo encontraba aquello muy natural; festejaban una gran figura, una figura universal que honraría á cualquier país, el creador de la patria de ellos, y la patria, al fin y al cabo, es lo más levantado que cada uno tiene. De suerte que yo aplaudía su patriotismo para demostrarles que yo también tenía el mío y muy agrandado, precisamente porque México no estaba lejos de mí, sino al contrario, muy cerca, en el fondo de mi alma!

Halagado el orador con su éxito, lanzóse á la improvisación; siguió mencionando á sus grandes hombres, llegó hasta Grant, y de improviso, un grito anónimo me heló la sangre:

—¡La guerra de México! ¡Que hable de la guerra de México!

Sin duda el otro iba á darle gusto, cuando yo me interpuse. Me levanté y pedí la palabra, vibrante de emoción, en medio de americanos, decidido á impedirlo, á muchas leguas de mi patria y á muchos años del 47.

Hubo un momento de alboroto; Mr. Golday

hízome seña de que me esperara, y con voz reposada y solemne dijo:

—La guerra de México nada tiene que ver con Washington, de consiguiente está fuera del programa. Y aun cuando no estuviera, Vds. la pondrían; tenemos aquí un mexicano, seríamos muchos en su contra, es nuestro huésped y nuestro compañero.....

Al terminar le salté al cuello, le abracé, creo que le habría besado; y mientras él me acariciaba el pelo, tan conmovido como yo, de pie sobre la cátedra, erguido y anciano, los ochenta americanos prorrumpieron en nuevos aplausos, con los ojos humedecidos, y llenó la estancia un grito poderoso que me hizo un bien inmenso, que me hizo quererlos á todos, que realizaba una conquista inesperada:

—¡Viva México! ¡Viva nuestra república hermana!

FEDERICO GAMBOA.

AHÍ VA ESO

«In promptu que sunt dicere».

Qué quieren Vds.! no soy un anacoreta, me gusta la buena mesa, con amigos, con caras simpáticas, si hay mujeres espirituales ó bellas, —mejor. Pero, á una condición, que no sea largo el pasto. Lo que llamamos «comida» si me hace estar sentado más de tres cuartos de hora me cansa. Necesito despacharme pronto. No encuentro otra palabra. Será porque es un placer sensual? Me gusta tanto la buena mesa, lo repetiré, que si algo comprendo bien, es la fruición epicurista de Rossini. Vds. saben que amaba tanto los *macaroni* que él mismo los preparaba. Había inventado, al efecto, una jeringuita de marfil: mediante ella, —la vendieron carísima cuando se remataron sus muebles, —el gran músico inyectaba en cada tubo de pasta, grasa de caracú, hígado gordo, picadillo de ave y partículas de trufa; era delicioso cuenta la crónica. No quiere decir nada de esto, que es más bien una confidencia, que un elogio de mi persona moral é intelectual, —ó no es cierto lo que dice Brillat Savarin «dime lo que comes, te diré lo que eres», —que tal como soy, ó parezco ser, á estar á mis refinamientos, no sea capaz de sugetarme á un régimen severo de vida, —absteniéndome hasta de fumar, uno de mis vicios. Me he privado ya, unas veces por necesidad, otras por estudiarme fisiológicamente de muchas cosas buenas... hasta del vino. Y he vivido sin molestia en un rincón. Soy en esto como el gato; si tengo espacio ando, y si me falta, no por eso dejo de rumiar contento. Habría sido así por tanto favor de la naturaleza, por tanta adaptación á todo, —no se escandalicen ustedes sabiendo cuán mundano soy, —un excelente fraile. Y se explica; tengo horror á todo lo que es indisciplina. De ahí que sea tan ordenado. Naturalmente, Vds. se sonríen. Y qué culpa tengo yo de que me hayan hecho otra reputación! Siguiendo estas intimidades que no vienen así sin tón ni són, nó, son un modo, como cualquier otro, de entrar en materia, agregaré: es el caso que, como de costumbre, había comido con algunos buenos amigos de diverso pelo político y procedencia. Es otra de mis peculia-

ridades, —no confundir las especies. Los hombres me placen por su mérito real, no por sus opiniones. No soy, como se colige afine, moralmente, de todos mis correligionarios políticos. De manera que aquéllos, —los buenos amigos, —eran cordobeses, orientales y franceses, griegos y troyanos, para no emplear nuestras clasificaciones de actualidad. Eran las nueve. Mis comensales y yo estábamos satisfechos. La charla, sin método, moderada, sin arrebatarse nadie la palabra, —había sido, como la comida, agradable. Fumábamos, y, aunque esté de más decirlo, era de lo bueno, como el café, muy negro, —el café! que es á la buena mesa lo que el claro oscuro es á la pintura. Esto no obstante, y sin que nadie lo manifestara «un no sé qué» nos decía á todos, que unos y otros ya teníamos demasiado de aquéllas. Los que no saben separarse no conocen el secreto de volverse á reunir con placer. Alguien dijo: Vd. querrá salir? Para qué disimular? Sí, contesté. Casualmente estaba invitado para oír la lectura de algo interesante en casa de un amigo que no nada en la opulencia. No es un jugador de dados, un ocioso, como se ve, ó como diría Xenofonte. Al contrario. El hombre es un animal gastador. Por lo tanto, ha de vivir del sudor de su rostro. Y como se hace! En la gran Cartuja misma, —el fraile tiene que cultivar su jardín. Agreguen Vds. á esto que mi amigo es un esclavo. Si pues, casado por la iglesia, y buen católico por añadidura. Qué más razón para comprobar su esclavitud. Esa noche yo tenía otros compromisos, con ricos. A éstos se les puede ver siempre. Vacilé, reflexioné, —opté por el amigo pobre. Qué! acaso porque me sugiera inclinarse ante ese todo poderoso que se llama un *hard dollar*, —hánse imaginado Vds. que soy sordo á un sentimiento de ternura. Bah! si tengo aiosmos de tal profundidad, en mi alma, que todos los pesos fuertes del mundo no los colmarían! Y luego, piensen ustedes que mi amigo es poeta, —y que no vive de ambrosía, como hiperbólicamente dijo Ricardo Gutiérrez de mi amadísimo Carlos Guido y Spano, y que, no viviendo del néctar de los Dioses necesita por lo menos del concurso moral de la opinión de los que le quieren bien. A su casa me dije, —y después de disolver á mis convidados allí estuve en un momento. La noche estaba detestable, como para no salir, igual al día de hoy, —era una noche de viento sueste con lluvia, una noche bonaerense clásica, de esas en que ni los rateros tienen malos pensamientos. Mi buena acción, si cabe decirlo así, fuéme ampliamente compensada. El árbol venenoso que se llama el mundo, dice un sábio de la India, produce dos especies de frutos dulces como las aguas de la vida: el amor ó la asociación de las almas bellas y la poesía, cuyo gusto es como el jugo inmortal de un Dios. Allí, en casa del amigo pobre, hallé eso: á más de él cuatro millonarios... de ilusiones, simpáticos, interesantes, amables —hombres de talento, ilustrados y de mundo. Sucedió lo que estaba decretado por el destino y nos abrazamos mentalmente como hermanos divididos que se reconcilian y vuelven al hogar, ya perfeccionados por la experiencia y el dolor. Uno de ellos, no recuerdo su nombre bien ahora, díjome: «Voy

á publicar un periódico ilustrado, sale el primer número el 15. Le pido á V. que me ayude con algo.» «Con mucho gusto, le contesté, ya que V. lo quiere.» Y así se explican estas páginas,—escritas al día siguiente de nuestro casual encuentro, con él y sus homólogos, de lo que mucho me felicitó. Pero teniendo como tengo ribetes de filósofo, por lo menos, ínfulas de tal, cómo mandar le lo prometido sin algo que pueda serle de alguna utilidad? Imposible! Sería defraudarlo. Entonces, allá va esto. Es un consejo,—de hombre corrido, y que, seguramente, esta vez no se equivoca, como tan-

Asociar la mujer á una obra es asociar á Dios. Nuestro país anda mal desde que nuestras mitades no se ocupan de política con calor, y nuestros oradores suelen debarrar nada más que porque no tenemos, en el Congreso, barra femenil. No hay mejor correctivo que ellas para lo que es desgredado, ni mayor estímulo para la cultura sobre la tierra. Ellas son hasta capaces de hacernos hablar con elocuencia lenguas desconocidas,—aquí abajo.

LÚCIO V. MANSILLA.

que destinados á procurar la selección, la nobleza y el fomento de la raza caballar, parecen ser tan solo un pretexto más ó menos ostensible de azaroso juego. Pero sea de ello lo que fuere, es indudable que tienen aquél como principal objeto, y esto es motivo más que suficiente para considerarlas dignas de figurar en nuestra publicación.

En las reseñas, más que revistas, no seguiremos paso á paso los diversos lances ó incidentes de todas y cada una de las carreras, nos limitaremos tan solo á dar cuenta de los acontecimientos más culminantes de la quincena anterior. Lo contrario sería apo-



ATHOS II — Caballo dos veces vencedor del "Gran Premio Internacional" en el Hipódromo Nacional (Belgrano)

tas otras,— que la experiencia que poco enseña, poco ayuda también sin el ingrediente envidiable de la fortuna. Consiste el consejo en esto: en que ponga en su *Ilustración* tantos retratos y biografías de mujeres bellas cuantos pueda. Entra en la voluntad de la naturaleza, me lo ha enseñado mi maestro, que la mujer seduzca al hombre. Recuérdese que las Memorias del siglo XV cuentan que la joven Paulina de Viguiere, tan pura como hermosa, había despertado tal entusiasmo, que los habitantes de Tolosa, su cuna, obtuvieron de la justicia una orden para que por lo menos dos veces por semana, se dejara ver del público, y que era tan grande la multitud que acudía á verla,—que á veces peligraba la vida. Por consiguiente, si estos consejos oye mi viejo amigo de ayer,—no lo dude, de antemano, le auguro, lo que le deseo, salud y prosperidad en su empresa.

SPORT

RINDIENDO homenaje á la cada vez más creciente afición del público por las carreras de caballos, inauguramos hoy una sección especial destinada á la descripción de las fiestas hípias. Aquí, á diferencia de lo que en otras naciones de Europa sucede, pues ó las carreras no se aclimatan ó, cuando menos, no estimulan ni solicitan la atención del pueblo, puede decirse que constituyen una de nuestras costumbres más habituales y arraigadas.

En tal concepto, pues, no podía prescindir LA ILUSTRACIÓN de darles un espacio preferente.

Una moral severa quizás encontrase poco justificada esta preferencia, porque ha llegado á tal punto entre nosotros la afición á esa clase de espectáculos, que ya más bien

derarnos del papel que de derecho corresponde á las publicaciones diarias, las cuales no solo describen, dando pormenores, semejantes fiestas, sino que anticipan á sus lectores las conjeturas y presunciones, ya sean fundadas ó no de sus propios redactores.

Y dadas estas ligeras explicaciones, entremos ahora de lleno en la narración de aquello que en el mes próximo pasado más ha podido interesar el ánimo de los *Sportmen*.

Las carreras que más han despertado la atención de los *Sportmen* y los *Book Makers* en los dos pasados meses, han sido, sin duda, aquellas en que se disputaban los grandes premios de «Honor», «Nacional», «Internacional» y «Revancha». Sin pecar de exagerados puede asegurarse que á medida que se acerca la época designada para adjudicar tan notables y codiciados premios, crece siempre en proporciones extraordi-